

Las víctimas

— Será debilidad de nuestro carácter, será por temperamento, pero de unos días a esta parte estamos melancólicos, apesalumbrados. No podemos apartar de nuestra imaginación el recuerdo de unos hombres, de un gran número de hombres que se desviven solicitando aquí y allá, de este y de aquel que se les designe como seres para el sacrificio, es decir, como una de las víctimas que integre una de las varias candidaturas que lucharán en las próximas elecciones provinciales; es decir, que se les condene a la probabilidad de cargar con un acta, que ellos se resignan a llevarla a cuestas, con igual conformación que Jesús de Nazaret la cruz de mártir.

¿No has pensado nunca, lector amigo, en que parece imposible existan tales abnegados en nuestra época eminentemente egoísta? Escriben largas epístolas a los amigos, a los conocidos y hasta a los que apenas conocen rogándoles les carguen la cruz, queremos decir el acta. Recorren pueblos, hacen visitas y celebran continuamente conciliábulos siempre con el empeño loco de querer representar el papel de víctima.

Ni paciencia tienen para esperar que sea un partido político o una agrupación política el que les señale para ir al martirio. Son ellos mismos los que se adelantan, los que se ofrecen, los que se empeñan en que se les eche encima el banco de la tortura. Y es la suerte desdichada de estos hombres lo que nos entristece, lo que nos hace estar melancólicos. Pero por otra parte nos atormenta una duda, es tan raro en nuestros tiempos encontrar redentores, que nosotros algunas veces llegamos a imaginar que estos aspirantes a diputado provincial no tienen de tales más que la túnica.

Tartufo ha hecho tales estragos en la sociedad que son muchas las veces, que a nuestra tristeza y a nuestra melancolía se junta el agijón de la duda.

Nosotros creemos sinceramente que hay hombres dispuestos a sacrificarlo todo; hasta la vida, por el triunfo de un ideal, para alcanzar un triunfo en las luchas sociales entre el capital y el trabajo, pero no creemos, ni podremos creer nunca sinceramente que haya hombre que se ofrezca para desempeñar un cargo público sabiendo, de antemano, que este cargo público le ha de convertir en desdichada víctima.

No, nosotros inocentes queremos creer lo que ellos dicen, pero por encima de nuestra credulidad está la maledicencia que nos habla de negocios ilícitos, que nos habla de ilegalidades, que nos enseña concesiones arbitrarias, carreteras de construcción defectuosa, obras que se apartan del

pliego de condiciones, sueldos principescos y otras muchas cosillas de que no nos hablan esos hipócritas y vivos que aspiran a ser diputados provinciales y que lo lamen todo, con tal de figurar en candidatura.

Dice también la maledicencia que no es cierto su sacrificio por ciertos ideales pues, hay muchos de ellos que merodean por diferentes campos políticos mendigando protección. Asquea tanta corrupción, tanta farsa. Nada puede esperar el pueblo del pretendiente que engaña, nada pueden esperar los partidos de los correligionarios que, sin escrúpulos, demandan apoyo de partidos distanciados del en que militan.

Pocas veces y con tanta anticipación, habíamos podido notar la agitación que reina originada por las intrigas de los ambiciosos y no por la lucha de los partidos. Los partidos políticos, que integran el cuerpo electoral del distrito creemos que no han hecho aún casi nada, pero los que pretenden ser candidatos de alguno de estos partidos han hecho ya lo suficiente para que, si hubiese dignidad política se les desechase por entero.

No deben ser los hombres quienes deben imponerse a los partidos sino que debe ser el partido quien debe imponerse quien debe obligar al hombre. Y nosotros, tristes y melancólicos, preguntamos ante tales contradicciones: ¿Por que se empeñarán de tal manera en querer ser víctimas esos hombres? ¿Será verdad que no quieren ser diputados provinciales para administrar austera y vilmente la provincia, sino para explotar vilmente la provincia? ¿Es que hay acaso quien ha llegado a creer que un acta puede servir para disfraz de truhan? Es por este error o por esta perfidia por lo que agonizan los ideales santos y por lo que se debilitan y embrutecen los pueblos.

JOAQUIN SAMARUC.



El caciquismo de la Lliga

Cambó en descubierto

Artés es un pueblo del distrito de Castelltersol, feudo del señor Cambó, «leader» de la Lliga Regionalista.

El pueblo de Artés sólo posee una sola industria y una sola fábrica. La creada por la casa Berenguer. En ella trabajan 700 obreros.

Y desde tiempo inmemorial la familia Berenguer, pensando que su fábrica debía rendirles no sólo el sudor de los obreros sí que también su li-